

El mito del Quijote

El mito del Quijote encierra una profunda lección de antropología, válida, por tanto, para cualquier *ántrpos*, para cualquier ser humano (rico o pobre, varón o hembra, del siglo veinte antes o después de Cristo). De ahí su aceptación universal. El mito del Quijote es el mito de la ilusión, del engaño. No es por azar que en la antropología popular de España *ilusión* (*illusio* en latín significa *engaño*) esté emparentada con amor, felicidad, ganas de vivir. "Vivo sin ilusión" quiere decir vivo deprimido, sin sentir ningún aliciente, desgraciado. "¡Qué ilusión!", "qué ilusionado estoy", quiere decir "qué feliz me siento". "Lo que más le engaña en esta vida a mi marido es la chiquitina", decía un madre navarra refiriéndose a una niña de año y medio. Engañar una vez más se emplea como sinónimo de felicidad. ¿Será el ser humano un animal que horrorizado por haber descubierto *la verdad* (calificada en todas las culturas como *amarga*, como algo que "duele"), necesita engañarse, ilusionarse para sobre-vivir?

"La vida es un desengaño", me decía con profunda tristeza un señor a quien iban a operar a vida o muerte. Aquí una vez más se viene a reconocer que se puede vivir mientras uno viva *ilusionado*, pero no cuando uno se des-engaña. ¿Será el engaño, la ilusión, el oxígeno del alma? ¿Será el engaño no la guinda de la tarta, sino el pan nuestro de cada día que necesita el ser humano para sobrevivir? El Quijote tal y como nos lo pinta Cervantes, es un ser fracasado. Ni siquiera ha logrado conquistar a Aldonza Lorenzo, mujer poco atractiva, tal como la describe Sancho: "Bien la conozco y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo". Don Quijote no se desespera ni ahorca, al engañarse a sí mismo, convirtiendo a Aldonza Lorenzo en Dulcinea del Tó-boso, a una mujer de pelo en pecho en la mujer más bella del universo, y convirtiéndose a sí mismo, frustrado "mozo viejo", en el varón que se distingue de los demás por haberles ganado en el terreno de juego de la conquista de la mujer más bella.

Ni el elefante, ni el cerdo, ni la jirafa han descubierto todo el horror que encierra la Aldonza Lorenzo que más asusta al hombre: la muerte. El ser humano es el único animal metafísico. El único animal que ha descubierto que antes no era nada, que ahora es algo y que después de muerto vuelve a la nada (al menos según las apariencias). Comienza el ser humano a luchar a brazo partido contra esta terrible Aldonza y a imagi-

Por JOSE A. JAUREGUI OROQUIETA



narse otra vida, una vida por cierto tan atractiva como Dulcinea. "Eternidad, Dulcinea de los Relojes Andantes", escribió Madariaga. La vida del ser humano es una lucha interna entre Aldonza y Dulcinea. Por un lado los gusanos que disfrutan comiéndose al que ayer reía joven y lleno de vida parecen presentarle a esta Aldonza Lorenzo: "No te hagas ilusiones. Tú te comes al pollo; el pollo nos come a nosotros, gusanos, y nosotros te comemos a tí. Esta es la realidad. Lo demás es literatura". Por otro lado, el ser humano procura ocultar a esta Aldonza pintando en su imaginación una eternidad —Dulcinea con todos los bellos colores de la ilusión. El ser humano en apariencia más descreído, cuando de repente se mueve el avión más de la cuenta, puede sorprenderse a sí mismo echando mano de la creencia en otra vida. En cambio los santos de fe más recia nos han descubierto profundas simas de tortura cavadas por la duda cruel: "no te hagas ilusiones. Después de esta vida no hay nada". (*) El mismo Quijote se ve continuamente corroído por la duda y en continua lucha dialéctica entre *la realidad* y *la ilusión*. Pero la tendencia qui-

* No entró ni salgo como antropólogo en la creencia cristiana u otra de la otra vida. Me limito simplemente a constatar un hecho fundamental humano: la lucha dialéctica entre la creencia y la duda. No intento negar que exista otra vida.

jotil del ser humano de disfrazar la realidad, de ilusionarse o de engañarse, abarca muchos otros campos. Es el único animal que ha tomado conciencia de que produce heces y orina, otra Aldonza que le repugna.

Sabe el placer que le produce el pasear delante de las narices de otro ser humano su gran coche, su premio Nóbel, su fama, su prestigio, su poder. Sabe cuánto tortura a otro ser humano el ser derrotado en cualquiera de estos terrenos de juego. Disfraza entonces el ser humano sus ansias de humillar a los demás con los ropajes de la igualdad, la democracia y otras Dulcineas. Predica el político que si él se presenta a unas elecciones (*elegir* significa "escoger a los mejores o al mejor entre muchos"), no es por saborear las mieles de todo elegido, sino por servir al pueblo. Está el ser humano en un proceso continuo de ilusión, de engaño. No es un engaño total, sino más bien una lucha ininterrumpida entre la realidad —con frecuencia horrible y cruel— y la ilusión —dulce y bella. La depresión patológica sería la muerte de toda Dulcinea. Oí en varias ocasiones a una joven madre de seis hijos que si ella tenía una enfermedad mortal algún día, quería ser tratada como adulta y conocer la verdad. En plena juventud una leucemia fulminante se adueñó de su cuerpo. Su madre, recordando sus tantas veces manifiestos deseos de conocer la verdad desnuda, le descubrió a Aldonza Lorenzo en todo su horror: "te mueres sin remedio en unas pocas horas". Esta pobre moribunda rechazó esta verdad, se riñó con su madre y quiso engañarse a sí misma, no pudiendo resistir el horror que le produjera aquella Aldonza tan espantosa. Podríamos definir al ser humano como a "aquel animal que, habiendo descubierto a Aldonza en todos sus diversos horrores y hedores, crea inconscientemente a Dulcinea, para poder ocultarla". "Sin ilusión no se puede vivir", se suele decir. Parece una frase antropológicamente atinada. Este parece ser uno de los mensajes del Quijote.

José Antonio Jáuregui nació en Equillor (Navarra); obtuvo la licenciatura y el doctorado en Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid y el doctorado en Antropología Social en la Universidad de Oxford (Inglaterra). Es autor de *Las reglas del juego: las tribus* (Espasa-Calpe, 1977) y *Las reglas del juego: los sexos* (Planeta, Barcelona, 1981) y coautor de *Manual de psiquiatría y cien españoles y Franco*. Ha escrito dos series para la televisión y una para radio. Actualmente prepara otra para TV por encargo de la Public Broadcasting Service de Los Angeles, California.